

2. Las personas consagradas á Dios tienen infinitas obligaciones que cumplir, en las cuales se dispensan con demasiada frecuencia, y nunca sin detrimento. Hay reglas; hay constituciones: ¡cuántas omisiones, cuántas negligencias no se cometen! Pero las reglas, dicen, no obligan bajo pena de pecado: es verdad; mas ¿será por eso indiferente para un religioso la observancia ó el quebrantamiento de sus reglas? Dios no se ha obligado á dispensar indiferentemente sus mayores gracias; á mas de que hay pocas reglas que no tengan alguna conexion con la exacta observancia de los votos. Uno de los lazos que arma el demonio á los religiosos imperfectos, es hacerlos descuidar con el concepto en que están de que no es pecado la inobservancia de las reglas; rara vez deja de estar acompañada de menosprecio esta negligencia habitual. Exáminate bien sobre este punto: teme las omisiones, porque sino, ellas te harán llorar mucho algun dia.

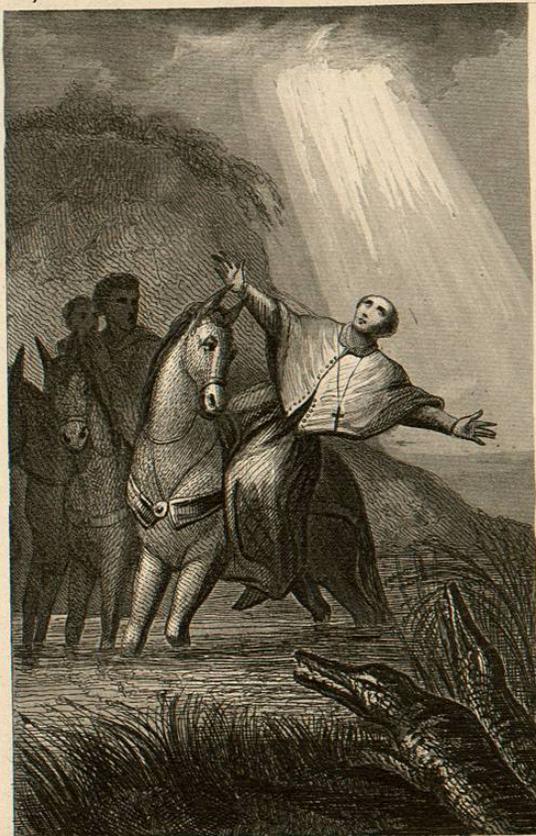
---

SANTO TORIBIO MOGROBEJO, OBISPO.

Entre los varones célebres que ilustraron la España en el siglo XVI, siglo propiamente de oro por la multitud de sabios y santos personajes que produjo nuestro católico reino, se cuenta como uno de los mas sobresalientes en santidad, sabiduria y en el exacto cumplimiento de los deberes episcopales, á santo Toribio Alfonso Mogrobejo, natural de Mayorga, en el obispado de Leon. Sus padres, ilustres por su gloriosa ascendencia, y mucho mas distinguidos por la pureza de sus costumbres, fueron don Luis Alfonso Mogrobejo, regidor perpetuo de Mayorga, y doña Ana Robles y Moran, natural de Villaquijada. Ignó-

T. 4.

P. 632.



STO TORIBIO MOGROBEJO, O.

rased el dia de su nacimiento, y solo se sabe que fué en el año de 1538, el mismo en que nació san Carlos Borromeo, tan semejante en todo á nuestro santo. Diéronle sus padres una educacion propia de su clase; y como habia recibido del cielo una indole dócil y naturalmente propensa á la virtud, costó poco instruirle en los preceptos de la moral cristiana, y ya desde su mas tierna infancia comenzó á dar claros indicios de lo que habia de ser. Los juegos y entretenimientos de su edad eran aquellos solamente que manifestaban apego á las cosas sagradas: hacer altares, colocar en ellos las santas imágenes de Jesus y de Maria, ponerse de rodillas delante de ellas, encender antorchas, ordenar procesiones, y otros ejercicios semejantes, eran las ocupaciones ordinarias del santo niño.

A la edad de trece años, despues de haber estudiado la gramática latina, le enviaron sus padres á Valladolid, para que en aquellas florecientes escuelas se ilustrase su alma con los conocimientos de la sabiduría. Desde el punto que entró Toribio en las aulas, comenzó á ser ejemplo de virtud y aplicacion para los demás estudiantes. Apenas sabia, despues de algunos años de residencia en Valladolid, otras calles ni otros caminos que los que llevaban desde su casa á la iglesia, ó desde su casa á la universidad. Evitaba con todo cuidado las malas compañías, y así pudo preservarse de la corrupcion que reina generalmente en las universidades. Pero no por eso dejaba de asociarse con aquellos condiscipulos que veia bien inclinados; estimulábalos con sus palabras, y mucho mas aun con sus ejemplos, á cumplir con los deberes de escolares y con las obligaciones de cristianos; y como su trato era amable, sus modales finos, su virtud rigurosa y austera consigo mismo, pero dulce y condescendiente para con los demás, sin ser

odiado de los libertinos, era querido y respetado de los virtuosos. En breve creció su fama; y no solamente era tenido por erudito en las bellas ciencias, sabio en las artes liberales, y docto en el derecho civil y eclesiástico, sino que además era venerado por un jóven maduro, prudente y de conducta irreprehensible. Luego que recibió el grado de bachiller, juzgaron sus padres que Valladolid era pequeño teatro para que pudiese lucir su ingenio; y así le enviaron á Salamanca, que era á la sazón el emporio de las ciencias, donde florecian muchos sabios, y entre ellos un tío de Toribio, llamado don Juan Mogrobejo, que era colegial en el colegio mayor del Salvador, llamado por otro nombre de Oviedo.

Pero poco tiempo después, habiendo proyectado don Juan III, rey de Portugal, hacer célebre la universidad de Coimbra llevando allá á cualquier precio los maestros mas sabios de Europa, pasó Toribio á esta universidad en compañía de su tío, que fué uno de los sabios elegidos y que mas la ilustraron en sus principios. En esta ciudad se aumentó prodigiosamente el mérito de Toribio, tanto en la santidad como en la literatura. Veia su tío en él un jóven ardentemente dedicado á los ejercicios de piedad, sin olvidar por eso el estudio de las letras. Sucediáanse mutuamente los ayunos, la oracion, la disciplina, y la asistencia á la universidad, las lecciones llenas de sabiduría y los argumentos sólidos é ingeniosos. Todo Coimbra se gloriaba de verse enriquecida con varones como Juan y Toribio, que brillaban entre los demás doctores como el sol entre las estrellas. Diez años residieron en aquella ciudad, hasta que, habiendo vacado la cátedra de derecho civil y la canongía doctoral de Salamanca, se proveyó uno y otro destino en don Juan de Mogrobejo, que con este motivo dejó á Coimbra y volvió á Salamanca con su sobrino

Un año habria pasado, cuando Toribio recibió el golpe mas sensible con la muerte de su tío, á quien llamó Dios á mejor vida. Perdió en esta ocasion, no solamente un maestro en las ciencias, sino un compañero en la virtud y un amigo en el trato familiar. Pero su alma, acostumbrada á meditar las verdades sobrenaturales, y á venerar sumisamente las admirables disposiciones de la Providencia, conoció que su tío habia sido llamado á gozar del premio que sus obras merecian, y enjugó las lágrimas de sus ojos con una santa resignacion á la voluntad de Dios. Viéndose Toribio sin la amable compañía de su tío, determinó hacerse colegial en el mismo colegio; y habiendo vendido la rica biblioteca que le habia dejado, para socorrer y establecer á dos hermanas, recibió la beca, teniendo treinta y tres años de edad. El colegio fué para él un riguroso monasterio. Se informó de los estatutos para no faltar á la observancia de ninguno; y se prefijó tal método de vida, que mas parecia un rígido anacoreta, que un profesor de Salamanca y un colegial mayor. Dormia poco; su comida y bebida eran parcas y ordinarias; interiormente vestia un cilicio, ya que en lo exterior no le era lícito abandonar el vestido comun de colegial; ayunaba con frecuencia, meditaba continuamente, frecuentaba los sacramentos, y en todas sus operaciones se manifestaba irreprehensible. Pero en lo que mas sobresalia su fervor, era en la maceracion del cuerpo afligiéndolo con tan frecuentes disciplinas de sangre, que llegaron á temer que perudiese enteramente la salud. Pensaron, pues, los colegiales que se le debia ir á la mano, y así buscaron medio de corregir aquel exceso de piedad. Tenia en el colegio un grande amigo suyo que conformaba enteramente con su genio y sus costumbres, llamado don Francisco de Contreras. A este dieron la comision de hablar á

Toribio, y llamándole á parte, le representó con las mejores razones que seria del agrado de Dios moderarse aquellos rigores; que la virtud consistía en un medio, y que todo exceso era reprehensible; que los demás colegiales hablaban mucho de sus penitencias, calificándolas de ostentosas, y practicadas tal vez con un espíritu mas próximo á la singularidad y á la vanagloria, que á la humildad y abatimiento cristiano; finalmente, que él era de parecer que aquellas penitencias excesivas podrian hacerle perder la salud, é inutilizar su persona sin edificar á sus prójimos. El discurso de Contreras hizo tanto efecto en el santo jóven, que inmediatamente templó sus penitencias, pero sin mitigar el rigor de los demás ejercicios.

Este tenor de vida granjeó á Toribio un concepto tan alto, que así en el colegio como fuera de él era respetada su virtud. En este tiempo le vinieron vivos deseos de hacer la peregrinacion á Santiago, ya para ganar las infinitas indulgencias que han concedido los sumos pontífices á los que van á visitar el sepulcro del santo apóstol, ya para tener ocasion de padecer con las forzosas penalidades de un camino largo y mal provisto. Solo le faltaba un buen compañero para poder llenar sus deseos, y le halló en Contreras, quien se acomodó fácilmente á todos los proyectos de su piedad fervorosa. Habiendo, pues, tomado el hábito de peregrino, salieron los dos á pié, descalzos, y pidiendo limosna de puerta en puerta, solo para ejercitar las virtudes de la pobreza y de la humildad; puesto que por lo demás llevaban dinero suficiente para no ser gravosos á sus hermanos. En esta expedicion les sucedió que, entrando en una casa, encontraron una negra, la cual les juzgó pobres de solemnidad por el vestido, y echando mano á la faltriguera les dió un ochavo de limosna. Toribio lo recibió para no privar á la negra del gusto

que habia tenido en ejercitar su caridad; pero considerando que ella tenia mas necesidad de aquel dinero; se lo volvió, conservando por toda su vida tal agradecimiento á aquella mujer, que en todas sus oraciones hasta el fin de sus días, dice el santo, era el primer objeto que le venia á la memoria.

Concluida su peregrinacion felizmente, volvió al colegio para continuar sus antiguos ejercicios, sin cuidarse de honores ni de dignidades, á que su fama sola le hubiera abierto ancho camino. Pero cuando los ojos de un rey sabio velan sobre sus súbditos para ver el mérito sólido de la virtud, es muy dificultoso que puedan ocultarlo los santos artificios de la humildad. Bien descuidado estaba Toribio una noche en su colegio, cuando llamando á deshora, le trajeron los depachos en que el rey le nombraba inquisidor de Granada. Los colegiales recibieron con aplauso esta noticia, considerando el honor que resultaba al colegio; pero el santo miró este nuevo empleo, no como un honor, sino como una pesada carga que, al tiempo que multiplicaba sus obligaciones, añadía peligros á su conciencia. Pero conociendo que era voluntad de Dios, aceptó aquel honor, y tomó posesion en el año de 1575. Constituido Toribio en el delicado empleo de inquisidor, se propuso en el desempeño de él un sistema templado de justicia y de misericordia. Aborrecia los delitos, pero no á los delincuentes, á quienes siempre amaba como á prójimos. Conocía la debilidad de las luces del humano entendimiento; sabia con cuanta facilidad suele extraviarse la razon humana cuando no se propone mas guia que la vana filosofia. Estas consideraciones le hacian mirar con la compasion de un padre amoroso á los infelices que habian caído en algun desliz, siempre que lo detestasen con un verdadero arrepentimiento. Por el contrario, á los rebeldes, á los endurecidos, á los contu-

maces en sus errores, les aplicaba toda la severidad de la justicia, atendiendo en esto á la correccion del delincuente y al escarmiento de los demás. Fué tal la rectitud é integridad con que Toribio se portó en el empleo de inquisidor, que, habiendo sido necesario, por causas gravísimas, examinar de órden superior la conducta de aquel tribunal, de cuyo exámen resultaron desterrados y privados algunos inquisidores, Toribio, no solamente fué hallado inocente é irreprehensible, sino que mereció alabanzas por su conducta.

Cuatro años obtuvo la plaza de inquisidor, en cuyo tiempo vacó el arzobispado de Lima, por muerte de don Diego Gomez Madrid. Felipe II, que tenia escritos en un libro secreto los nombres de todos los hombres sabios y virtuosos de España, halló á Toribio en el primer lugar, y le eligió para ocupar aquella silla. En un corazon ambicioso hubiera producido este nombramiento mucha satisfaccion y alegría; pero en el de Toribio causó tal melancolia y turbacion, que solo pudo tranquilizarse despues de haber escrito su renuncia al consejo de Indias y al rey. Representaba en ella que era todavía muy jóven; que carecia de las prendas necesarias á un buen obispo; que no estaba ordenado mas que de prima tonsura; en una palabra, que era absolutamente inepto para la alta dignidad que se queria conferirle. Las excusas de Toribio fueron nuevas razones que confirmaron al rey en el juicio que habia formado de su capacidad y virtud; y alegrándose cada vez mas por el acierto de su eleccion, le escribió manifestándole sus deseos de que aceptase el obispado, y le dió tres meses de término para determinarse. En este tiempo los parientes, amigos y concólegas de Toribio tocaron todos los resortes para hacerle admitir la mitra. Inaccesible á todo motivo de interés y de honor

mundano, le tomaron por el lado que debia herirle; y así le hicieron presente que el obispado de Lima, en el estado en que se hallaba, no era un cargo de honor y de interés, sino de penalidades y de inmenso trabajo; que habia infinitas ovejas que jamás habian oido la voz de su pastor; y en una palabra, que el no aceptar aquel cargo, era lo mismo que preferir su propia conveniencia al trabajo de conquistar almas para Dios. Estas razones pudieron tanto con Toribio, que, despues de haberlas meditado en la presencia de Dios, cuya voluntad trató de explorar con la oracion y con muchos ejercicios espirituales, se resolvió por fin á dar su consentimiento. Mientras venian las bulas de Roma, pasó á Madrid para recibir las instrucciones del rey, y de allí á Mayorga para ver á su madre, que aun vivia, á sus hermanos y parientes, y decirles á Dios para siempre. Hecho esto, y consagrado obispo en Sevilla, trató de pasar cuanto antes á su iglesia; y así salió del puerto el año de 1580. La navegacion fué feliz, llegando sin novedad al puerto llamado Nombre de Dios. No sucedió así en el camino que hay hasta Panamá; pues debiendo pasarse lugares muy fragosos, profundos pantanos y caudalosos rios, todos creyeron que en uno de estos habia perdido la vida. Vadeabalo el santo montado en un mulo ó macho del país, y al llegar á la mitad, vió venir á él dos enormes caimanes, animales ferocisimos en que por lo comun abundan aquellos rios; asustada la caballería, arrojó al agua á nuestro santo, quien se halló así en medio del rio, sin saber nadar, y próximo á ser devorado por aquellos monstruos que ya se dirigian á él con la boca abierta. En el mismo punto invocó á Dios, y luego se vieron dos maravillosos efectos: los caimanes se quedaron inmóviles como piedras, y el cuerpo de nuestro santo fué nadando hácia la orilla. Dió gracias á Dios por el beneficio recibido, hicieron lo

mismo todos los que le acompañaban, y prosiguieron su viaje.

El día 24 de mayo del año de 1581, llegó felizmente á Lima en donde le hicieron un recibimiento ostentoso. Salióle al encuentro toda la nobleza de la ciudad y todos los eclesiásticos; las calles por donde había de pasar, estaban adornadas con riqueza y con buen gusto; los balcones y las ventanas, las plazas y las calles, todo estaba lleno de gente, que al son de acordadas músicas prorumpían en festivas aclamaciones. Toribio recibió estos aplausos y honores con un corazón lleno de gratitud; y su semblante se dejó ver en aquel día tan majestuoso, que más parecía de un ángel que de un hombre. Todos sus súbditos quedaron contentos con la vista de su nuevo prelado; todos concibieron de él las mayores esperanzas; todos confirmaron con su vista el alto concepto que de sus virtudes les había anticipado la fama. Tranquilizadas las cosas, comenzó Toribio á echar los fundamentos de las grandes obras que pensaba edificar. Mandó que le hiciesen un plan exacto de toda su diócesis, en donde se viese claramente su estado actual, el número de los súbditos, la cantidad y cualidad de los réditos, las rentas de las iglesias, sus utensilios y alhajas; de manera que de un golpe de vista descubriese las necesidades que padecían sus ovejas, y los medios de que se podía valer para remediarlas. Y conociendo que son inútiles todos los esfuerzos de cualquier prelado para reformar y arreglar á sus súbditos, cuando da entrada en su casa á la relajación y al mal ejemplo, cuidó ante todas cosas de arreglar su familia, no admitiendo en ella sino sujetos de probadas costumbres. Su casa parecía un convento de religiosos. Habiendo puesto en orden las cosas de su familia de manera que nadie le pudiese reprender, trató de comenzar una general

reforma por todas las clases y en todas las materias. Registró por sí mismo los sagrarios y los ornamentos de las iglesias, dando á las que eran pobres las alhajas necesarias para que celebrasen con decencia los divinos oficios. Averiguó con qué pompa y solemnidad se hacían estos en todas las iglesias de su obispado; pero principalmente ocuparon su atención las casas de misericordia, los hospitales, y la instrucción de los Indios que habitaban en los parajes más remotos.

Para conseguir todos estos piadosos fines, procuraba que obtuviesen los oficios de curas párrocos, confesores y predicadores, sujetos dignos, no solamente por la integridad de sus costumbres, sino también por la suficiencia de su sabiduría y de sus luces. A estos los exhortaba, les pedía y aun los forzaba á que no desistiesen de repartir continuamente el pan de la doctrina, como quien estaba bien enterado de que en los vastos países de la América había muchas almas perdidas por falta de instrucción. Para proporcionar á sus ovejas este espiritual alimento, erigió de nuevo muchas iglesias, en las cuales hacía celebrar diariamente los divinos oficios con todo el aparato de ceremonias que tanto excita la piedad de los fieles. Proveíalas además de lámparas, campanas y ornamentos; señalaba un predicador que explicase con frecuencia la doctrina cristiana. En cualquier pueblo en que el santo se hallase, por pequeño que fuese, no se desdenaba de predicar por sí mismo, ó de autorizar con su presencia la explicación de la doctrina hecha por algún sacerdote. En las obligaciones de su cargo episcopal se empleaba de manera, que aquellas no le privaban de asistir á los oficios públicos de la catedral en compañía de los canónigos. Veíasele con tanta frecuencia en las horas canónicas, en las oraciones públicas, en el púlpito, en el confesionario y en la

administracion de sacramentos privativos de su dignidad, que parecia no tener que hacer otra cosa. Estas ocupaciones no le impedian la oracion ni los ejercicios de penitencia, y era tan exacto en el rezo del oficio, que mientras rezaba ni al mismo virey admitia á visita. Estableció un tenor de vida tan riguroso y constante, que parecia superior á las fuerzas humanas. En su casa era el primero que se levantaba y lo hacia antes de amanecer, é inmediatamente se ponía en oracion hasta que era hora de decir misa. Deciala con gran devocion y ternura, y despues se dedicaba á oír las causas de sus súbditos, á componer entre ellos las discordias, á socorrer á los necesitados, á consolar á los afligidos y á señalar alimentos á las viudas y huérfanos; y si algun tiempo le sobraba de la mañana, lo empleaba en la oracion ó en el coro. Comia parcamente, y se recogia en un aposentillo, en donde pedia á Dios luces para desempeñar dignamente el cargo de pastor. Toda la tarde la empleaba en oír las representaciones de sus diocesanos y en dar las providencias oportunas para su consuelo y bienestar. En esto tenia todo su desahogo, todo su recreo y toda su diversion. Al toque de las oraciones se retiraba á su casa, y pasaba dos horas en el oratorio en profunda meditacion. Decia el oficio con los eclesiásticos sus familiares, y hacia su colacion con un poco de pan y agua, que fué la cena de toda su vida. Retirábase despues á un aposento secreto, en donde rezaba el oficio de difuntos y el de nuestra Señora, y despues el santo rosario. A eso de media noche se iba á descansar; pero su sueño era tan breve y lijero, que continuamente le interrumpia pronunciando versos de salmos ú otras oraciones jaculatorias. Su casa estaba abierta para todos, y á todas horas encontraban los necesitados misericordia, y los ofendidos justicia. Sus ojos se fijaban siempre en el mas pobre y andrajoso que

le buscaba; y su justicia recta jamás se dejó doblar ni de la opulencia, ni de la riqueza, ni del poder. Si la justicia le obligaba á ejercitar la severidad, era tal la humanidad y dulzura con que aplicaba la sentencia, que los mismos castigados reconocian en su juez un padre amoroso. Puso gran cuidado en que reinase el desinterés en sus tribunales: para este efecto dotó con generosidad á los escribanos, notarios y demás ministros, castigando severamente al que se dejaba corromper del vil interés.

Puesto este orden y arreglo en su casa, en sus familiares, en sus tribunales, en sí mismo y en sus súbditos, trató de ordenar y reformar la disciplina de aquella iglesia, que con los tiempos turbulentos se habia relajado notablemente. Desde la fundacion de aquella silla no habia habido mas que dos concilios con el nombre de congregaciones, uno en el año de 1552, y otro en el de 1567; pero, habiéndole faltado al primero la forma legítima de concilio, y al segundo la confirmacion del sumo pontífice, habian quedado sin efecto los decretos y determinaciones de uno y otro. Nuestro santo convocó para el año de 1582 un concilio provincial, que se celebró en la ciudad de Lima, siendo virey de aquellas provincias don Martin Enriquez. En él tuvo que sufrir Toribio algunas amarguras; porque, habiendo juzgado oportuno comenzar la reforma por los mismos obispos y demás eclesiásticos, se resintió un poco la avaricia de algunos de ellos que contaban con el favor de muchos poderosos. Pero el zelo y la paciencia de nuestro santo vencieron todos los obstáculos, y celebradas cinco sesiones, se concluyó felizmente el concilio, cuyas disposiciones fueron aprobadas por la silla apostólica, y mandadas ejecutar por el real consejo de Indias. Fué tanta la utilidad de sus cánones, la prudencia y sabiduria con que fueron establecidos,

que se juzgó oportuno extender su observancia á otros tres arzobispados y diez y siete obispados, como si fuesen de un concilio nacional, y en todos ellos se observan hasta el día de hoy con muy conocido provecho, lo que manifiesta bien el sublime espíritu con que fueron dirigidas todas las sesiones. Otros dos concilios hizo celebrar en su tiempo; pero sus actas se redujeron únicamente á la observancia de los decretos del primero. Una de las principales determinaciones fué el establecimiento de seminarios conciliares, á la cual ya se habia anticipado Toribio, comenzando la fábrica de uno en la ciudad de Lima. Sobre esto tuvo que sufrir algunas contradicciones de parte del virey, quien, con el pretexto del real patronato, queria hacer privativamente suya la eleccion de seminaristas, con otras pretensiones igualmente des-arregladas é injustas: mas elevadas á noticia del rey las desavenencias entre el virey y el santo arzobispo, falló en todo á favor de este último. A esta contradiccion se siguieron otras muchas sobre diversos puntos que interesaban á la inmunidad eclesiástica. Pero como Toribio habia fijado su alma sobre el firme fundamento de una virtud sólida, y no eran sus propios intereses el móvil de sus acciones, sino la honra y gloria de Dios, este Señor le llenó de una admirable paciencia para sufrir todas las adversidades, y de una fortaleza superior á todas las contradicciones.

Calmadas estas, se dedicó con todo ardor á llenar las funciones de su ministerio. Edificó monasterios para las esposas de Jesucristo; destinó lugares de piedad para las doncellas cuyo honor peligraba; dispuso hospitales y hospicios para la manutencion de los huérfanos y curacion de los enfermos. Las rentas de su obispado, que eran cuantiosísimas, no tenian otro destino que el seno de los pobres, en donde

sabia que no se las habia de robar el ladron, sino que antes bien las habia de hallar multiplicadas. La santificacion propia y la de sus prójimos, eran dos ejes sobre que giraba toda la vida de este santísimo prelado.

Habiéndose propuesto conocer á todas sus ovejas una por una, si fuese posible, emprendió tres veces la visita de su obispado, haciendo las dos completas, y dejando la tercera-comenzada por haberle faltado la vida. Andaba espacios inmensos cubiertos por todas partes de selvas espesas, de pantanos peligrosos y de horribles precipicios. Nada arredraba la encendida caridad de este santo prelado, ni la espesura de los bosques, ni lo inaccesible de las montañas, ni la fiereza y barbarie de las gentes. Superior á todo, buscaba sus ovejas en las quebradas y grutas, en donde vivian á manera de fieras: allí las enseñaba, las agasajaba y se consolaba á si mismo, dando por bien empleados los peligros á que se habia expuesto para lograr este consuelo.

Ya habia consumido este admirable varon cerca de setenta años en una vida irreprehensible, y era justo que el eterno remunerador le llamase á darle el premio debido á sus merecimientos. Pero así como al buen capitán debe cogerle la muerte en campaña, así tambien al buen obispo debe faltarle la vida mientras la está empleando en beneficio de sus ovejas. Habia salido de Lima santo Toribio para hacer la tercera visita de su obispado; y queriendo celebrar la Semana Santa en Saña, al entrar en el pueblo se sintió acometido de una calentura. Agravándose la enfermedad, le mandaron los médicos comer carne; pero como era Semana Santa lo rehusó cuanto pudo, hasta que se lo mandaron bajo cargo de conciencia. Viendo los médicos que era su muerte inevitable, ordenaron que se le diese esta noticia para que hiciese

sus disposiciones, lo cual ejecutó un capellan suyo. Lejos de entristecerse el santo con la nueva, exclamó con aquellas palabras del salmo: *Regocijado me he con las cosas que me han sido dichas: iremos á la casa del Señor*; y al que le llevó la noticia mandó que le diésen las albricias, que muy de antemano tenia prometidas al que le anunciase la muerte. Dispúsose á esta, mandando hacer una justa reparticion de todo cuanto tenia, sin excluir el utensilio mas despreciable, entre los pobres de todas clases, á quienes llamaba sus acreedores. Confesóse con grande compuncion y lágrimas; y diciendo que era indigno de que el Señor le visitase en su casa, hizo que le llevasen á la iglesia en una camilla, y allí recibió el viático con tal devocion, que todos quedaron enternecidos. Vuelto á su casa, recibió la extremauncion, exhalando ardientes suspiros entre frecuentes actos de contricion. Repetia muchas veces aquellas palabras de san Pablo: *Anhele la disolucion de mi cuerpo y estar con Cristo*, consolando incesantemente á sus familiares que lloraban su muerte con amargura. En el dia del Jueves Santo, á la misma hora en que solia lavar los piés á los pobres, pidió al prior de san Agustin que le cantase el salmo: *In te, Domine, speravi*; y al llegar á aquellas palabras: *En tus manos, Señor, encomiando mi espíritu*, exhaló su alma bienaventurada con aquella dulce tranquilidad con que mueren los justos. Sucedió su dichoso tránsito en el año de 1606, á los sesenta y ocho de su edad, y veinte y cinco de su obispado. Su cuerpo quedó fresco y hermoso, y fué enterrado en la iglesia catedral con suma pompa, concurso y aclamaciones extraordinarias. El Señor manifestó bien pronto la santidad de su siervo por medio de infinitas maravillas; y habiéndose hecho las diligencias necesarias para la justificacion de sus virtudes en grado heróico, y de los milagros con que testificó Dios su

santidad, fué beatificado por el papa Inocencio XI, y Benedicto XIII le canonizó despues en el año de 1726.

*La misa es en honor de este santo, y la oracion la siguiente.*

*Ecclesiam tuam, Domine, beati Turibii confessoris tui atque pontificis continua protectione custodi; ut sicut illum pastoralis sollicitudo gloriosum reddidit, ita nos ejus intercessio in tuo semper faciat amore ferventes. Per Dominum nostrum...*

Defended, Señor, vuestra Iglesia con la proteccion continua del bienaventurado Toribio vuestro confesor y pontifice; para que así como la solitud pastoral le hizo glorioso, de la misma manera su intercesion nos haga fervorosos en vuestro amor. Por nuestro Señor...

*La epistola es del cap. 50 del Eclesiástico.*

*Ecce sacerdos magnus, qui in vita sua suffulsit domum, et in diebus suis corroboravit templum. Templi etiam altitudo ab ipso fundata est, duplex ædificatio, et excelsi parietes templi. In diebus ipsius emanaverunt putei aquarum, et quasi mare adimpleti sunt supra modum. Qui curavit gentem suam, et liberavit eam à perditione. Qui prævaluit amplificare civitatem, qui adeptus est gloriam in conversatione gentis: et ingressum domus et atrii amplificavit. Quasi stella matutina in medio nebulae, et quasi luna plena in diebus suis lucet. Et quasi sol refulgens, sic ille effulsit in templo Dei. Quasi arcus re-*

He aquí un gran sacerdote, que mientras vivió sostuvo la casa; y en sus dias restauró el templo. Tambien fué fundada por él la altura del templo, el edificio con dos viviendas, y las paredes altas que rodean al templo. En su tiempo los pozos tuvieron agua copiosa, y se llenaron fuera de medida como si fueran un mar. Él tuvo cuidado de su gente, y la libró de la perdicion. El mismo llegó á engrandecer la ciudad, y alcanzó gloria viviendo en medio de su pueblo, y extendió la entrada del templo. Como la estrella de la mañana entre la niebla, y como la luna luce en los dias de su llenura, y como resplandece el sol, de la misma ma-